

¿Existe alguna relación entre la masonería y el ocultismo? (I)

Por César Vidal



La leyenda rosada de la masonería insiste en que se trata de una sociedad discreta (que no secreta) guiada por fines filantrópicos, formada por personas de buenas costumbres y cuya finalidad fundamental es la ayuda entre sus miembros y la difusión de sus valores iluministas. Por el contrario, los detractores de los "hijos de la viuda" han insistido, entre otras acusaciones, en que la masonería tiene un contenido espiritual que choca con religiones como la cristiana, al ser su cosmovisión ocultista. Pero, en realidad, ¿existe alguna relación entre la masonería y el ocultismo?

La leyenda rosada de la masonería ha insistido en que no pasa de ser una sociedad discreta (no secreta) guiada por principios filantrópicos y que la pertenencia a la misma no está reñida con la afiliación a cualquier confesión religiosa, desde el catolicismo al islam pasando por las diversas iglesias evangélicas. La realidad histórica es, desde luego, muy diferente. Es cierto que a lo largo de la Historia ha habido católicos, musulmanes e incluso protestantes masones, pero la incompatibilidad entre las creencias de las logias y las contenidas en la Biblia resulta evidente. En el presente artículo y en los siguientes nos ocuparemos de manera precisa de un aspecto a nuestro juicio esencial, el del papel representado por la masonería en el reverdecer del ocultismo contemporáneo.

La masonería ha contado desde su fundación con un contenido acentuadamente gnóstico. Es cierto que para no pocos masones resulta en la actualidad un tanto embarazosa esta circunstancia. Los hechos, sin embargo, no pueden negarse, desde las primeras obras de la masonería a los escritos de autores masones del siglo XX. Precisamente es ese carácter gnóstico, secreto, iniciático, ocultista el que explica, al menos en parte, la enorme importancia que la masonería ha tenido en el florecer del ocultismo durante los dos últimos siglos, hasta el punto de que no constituye en absoluto una afirmación exagerada el decir que éste nunca hubiera podido darse sin aquélla. Sin duda, uno de los casos más significativos al respecto es el de Albert Pike, una de las figuras más importantes de la masonería del siglo XIX.

Albert Pike nació el 29 de diciembre de 1809 en Boston. Estudió en Harvard y fue, durante la guerra de Secesión de Estados Unidos, general de brigada en el ejército confederado. Al concluir el conflicto Pike fue condenado por traición y encarcelado, pero el 22 de abril de 1866 fue indultado por el presidente Andrew Johnson, también masón. Al día siguiente ambos hermanos se encontraron en la Casa Blanca, y ciertamente no concluyó ahí la relación entre estos dos masones. El 20 de junio de 1867 Johnson fue ascendido al grado 32, y posteriormente dedicaría incluso un templo masónico en Boston, la ciudad natal de Pike. Éste recibiría más tarde el honor de ser el único militar confederado que cuenta con un monumento en la ciudad de Washington.

Pike fue un sujeto verdaderamente excepcional, con un talento extraordinario para el aprendizaje de lenguas y una cultura vastísima. Masón grado 33, formó parte también del Ku Klux Klan –la vinculación entre ambas sociedades secretas es una de las cuestiones históricamente más incómodas para la masonería de Estados Unidos–, y, sobre todo, fue el autor de un conjunto de obras que intentaban mostrar la cosmovisión de la masonería. Su libro más importante es *Moral y Dogma del antiguo y aceptado rito escocés de la masonería*, que fue publicado en 1871.

Moral y Dogma es una obra muy extensa que llega casi a las 900 páginas y en la cual se describen los 32 grados del rito masónico ya señalado. Con todo, lo más interesante es la forma en que Pike va desgranando una filosofía que, por definición, no puede encajar con el cristianismo y que además se nutre de unas raíces abiertamente paganas y místicas.

Para Pike, los relatos de la Biblia no se corresponden con la realidad histórica –una afirmación que choca directamente con lo contenido en las Escrituras–, sino que ocultan una realidad esotérica. Con todo, “unos pocos entre los hebreos (...) poseían un conocimiento de la naturaleza y los atributos verdaderos de Dios; igual que una clase similar de hombres en otras naciones –Zoroastro, Manu, Confucio, Sócrates y Platón”. “La comunicación de este conocimiento y otros secretos, algunos de los cuales quizá se han perdido, constituían, bajo otros nombres, lo que ahora llamamos Masonería o Francmasonería. Ese conocimiento era, en un sentido, la Palabra perdida, que fue dada a conocer a los Grandes elegidos, perfectos y sublimes masones” (op. cit., pág. 207).

Frente a esa enseñanza mística preservada por la masonería, cabe afirmar que “las doctrinas de la Biblia a menudo no se encuentran vestidas en el lenguaje de la verdad estricta” (pág. 224). El punto de partida resulta, pues, obvio, y en buena medida puede decirse que es el de la Gnosis, que ha coincidido en el tiempo y el espacio con el cristianismo, y el del ocultismo contemporáneo. La primera premisa es que la Biblia –la base esencial del cristianismo– no es fiable, y la segunda que la verdad se encuentra en manos de un grupo pequeño de iniciados, que la ha transmitido a lo largo de los siglos.

De hecho, por si quedara alguna duda sobre la adscripción filosófica de la masonería, Pike indica taxativamente que a “esta ciencia de los misterios le dieron el nombre de Gnosis” (pág. 248). Se trata de una ciencia sincrética en la que se combinan doctrinas orientales y occidentales (pág. 275), que “fueron adoptadas por los cabalistas y después por los gnósticos” (pág. 282).

De ahí que la clave de la masonería sean los misterios, cuyo origen es desconocido (pág. 353) pero que podemos encontrar en distintas religiones paganas y que, “a pesar de las descripciones que ciertos autores, especialmente los cristianos, hayan podido hacer de ellos, han continuado puros” (pág. 358). Esos misterios son los de Isis y Osiris en Egipto (págs. 369 y ss. y 379 y ss.) –cuyo “objetivo era político” (pág. 382)–, pero también “la ciencia oculta de los antiguos magos” (pág. 839). De hecho, incluyen de manera esencial “el significado oculto y profundo del Inefable Nombre de la Deidad” (pág. 649).

La masonería –Pike ni lo niega ni lo oculta, sino que lo afirma tajantemente– predica una religión, pero ésa es la “religión universal, enseñada por la Naturaleza y por la Razón” (pág. 718). Esta afirmación resulta bastante clarificadora, en la medida en que reconoce abiertamente el contenido religioso de la masonería –a pesar de su insistencia en que se puede mantener cualquier creencia religiosa en su seno– y, a la vez, explica el entronizamiento de deidades como la diosa Razón durante la Revolución francesa; diosa Razón que, supuestamente, debía desplazar al Dios cristiano.

Por otro lado, y a pesar de su insistencia en que las creencias masónicas no obstaculizan otras, Pike no duda en hacer afirmaciones que son absolutamente incompatibles con no pocas religiones, como la de que “el alma humana es ella misma un daimonios, un Dios dentro de la mente, capaz mediante su propio poder de rivalizar con la canonización del héroe, de hacerse a sí misma inmortal por la práctica de lo bueno, y de la contemplación de lo bello y lo verdadero” (pág. 393) –una afirmación

autodeificadora de esencia netamente pagana-, o la "doctrina de la transmigración de las almas" (pág. 399).

Aún más peculiar resulta la afirmación de Pike de que "el Bafomet, el carnero hermafrodita de Mendes", es el principio vital al que históricamente se ha rendido adoración, cuya simbología puede ser también "la Serpiente que devora su propia cola" (pág. 734). De hecho, Bafomet vuelve a ser mencionado poco más adelante como un símbolo adecuado de la "ley de la prudencia" (pág. 779).

Albert Pike –como no pocos ocultistas o teólogos cristianos de la actualidad– desechaba la existencia del Diablo, o ángel caído opuesto a Dios, y al respecto era muy tajante. Así, afirmaba: "El verdadero nombre de Satanás, según dicen los cabalistas, es el de Yahveh al revés; porque Satanás no es un dios negro (...) para los iniciados no es una Persona, sino una Fuerza, creada para el bien, pero que puede servir para el mal. Es el instrumento de la Libertad o Voluntad libre" (*Albert Pike, Morals and Dogma, 32 grado, maestro masón*, pág. 102). Y remachaba: "No existe un demonio rebelde del mal, o príncipe de las tinieblas coexistente y en eterna controversia con Dios, o el príncipe de la Luz" (*A. Pike, Morals and Dogma, 32 grado*, pág. 859).

Sin embargo, esa negación del principio del mal iba acompañada –y de nuevo el paralelo con el ocultismo o la gnosis salta a la vista– de un canto a Lucifer, como el que figura contenido en *Moral y Dogma*, al explicar el grado 19: "¡LUCIFER, el que Lleva-Luz! ¡Extraño y misterioso nombre para dárselo al Espíritu de la Oscuridad! ¡Lucifer, el Hijo de la Mañana! ¿Acaso es él quien lleva la Luz, y con sus esplendores intolerables ciega a las almas débiles, sensuales o egoístas? ¡No lo dudéis! Porque las tradiciones están llenas de Revelaciones e Inspiraciones Divinas: y la Inspiración no es de una Era o de un Credo" (pág. 321).

Partiendo de estos antecedentes, no resulta sorprendente que Pike evolucionara hacia el luciferinismo, entendido no en el sentido de la adoración de Satanás, como erróneamente se interpreta a veces, sino en el de culto a Lucifer como el ser personal que reveló la Luz de los misterios a los elegidos y que aparece históricamente representado en distintos mitos paganos y en los misterios de la Antigüedad. De nuevo, se trata de un hecho incómodo para no pocos masones de la actualidad, pero que ha sido reconocido por otros de manera abierta.

Moral y Dogma es uno de los libros de lectura obligada para entender la masonería, y sin embargo, de manera bien poco justificada, es pasado por alto en no pocos de los estudios que se le dedican. Todo ello a pesar de que, precisamente por su carácter didáctico, extenso y paradigmático fue hasta pocas décadas regalado a aquellas personas que se iniciaban en Estados Unidos en los grados superiores de la masonería.

Con todo, posiblemente lo más importante de la obra no sea sólo la manera en que expresa la cosmovisión masónica, sino también aquélla en que ésta se nos muestra como un paralelo claro de las enseñanzas del ocultismo contemporáneo y del movimiento de la Nueva Era. El sincretismo religioso, la reducción de Jesús a un mero maestro de moral o un simple conocedor de misterios, la apelación clara a la Gnosis, la creencia en la reencarnación o la insistencia en que el ser humano es un dios con posibilidades prácticamente infinitas son marcas características de ese ocultismo, y, como tendremos ocasión de ver en los apartados siguientes de esta serie, las similitudes no obedecen a la casualidad.

Como ya [señalamos](#), la historia del ocultismo contemporáneo resulta imposible de escribir sin hacer referencia a las conexiones de prácticamente todos sus dirigentes con la masonería. En algunos casos, como Éliphas Lévi o Papus, se trató de ocultistas que se identificaban con la cosmovisión masónica, aunque no tanto con su organización formal; en otros, como Reuss, Westcott, Waite, Olcott o Mathers, de masones que crearon movimientos destinados a profundizar en el ocultismo. Finalmente, no faltaron los masones que, como Annie Besant o Aleister Crowley, pensaron que habían superado en sus conocimientos lo que se enseñaba en las logias.

Empecemos por Alphonse-Louis Constant, denominado "el último de los magos" y también "el renovador del ocultismo en Francia", y más conocido por su pseudónimo de Éliphas Lévi. Nacido el 11 de febrero de 1810, Constant fue ordenado sacerdote católico. Su interés por el ocultismo le llevó a redactar algunas obras de magia – *Doctrina de la magia trascendente* (1855), *Ritual de la magia trascendente* (1856) e *Historia de la magia* (1860)– ya antes de ser iniciado en la masonería.

La iniciación tuvo lugar el 14 de marzo de 1861 en la Logia Rosa del Perfecto Silencio de París, subordinada al Gran Oriente francés. De manera bien reveladora, la iniciación obedeció a la petición de sus amigos Fauvety y Caubet, que eran masones y que consideraban que los conocimientos mágicos de Constant podían resultar de interés para la logia. También lo creía Constant, que afirmó al ser iniciado que venía a "mostraros el objetivo para el cual fue constituida vuestra asociación" [1].

El 21 de agosto de 1861 la logia confirió a Constant el grado de maestro, y el mes siguiente pronunció en su seno un discurso sobre los Misterios de la iniciación. El tema despertó una enorme expectación, pero también provocó el sentimiento anticatólico de alguno de los masones, como un tal Ganeval. Constant acabó retirándose de la logia precisamente por ese comportamiento, que interpretó como una señal de anticatolicismo y que le parecía indigno.

Gérard Anaclet Vincent Encausse, alias *Papus* [2], fue otro ejemplo de ocultista estrechamente relacionado con la masonería. Nacido en La Coruña, España, el 13 de julio de 1865, hijo de un químico francés y una española, en su juventud se dedicó al estudio de la Cábala, el Tarot, la magia, la alquimia y los escritos de Éliphas Lévi. Se unió a la Sociedad teosófica –de la que luego hablaremos– al poco de ser fundada por madame Blavatsky, aunque no tardó en abandonarla, al contemplar su interés por Oriente.

Papus estaba muy influido por el marqués Joseph Alexandre Saint-Yves d'Alveydre, que había heredado los papeles de Antoine Fabre d'Olivet, uno de los padres del ocultismo francés. En 1888 Papus, Saint-Yves y el marqués Stanislas de Guaita fundaron la Orden cabalística de Rosacruz. Tres años después Papus estableció la Orden de los Superiores Desconocidos, comúnmente conocida como la Orden de los Martinistas.

La orden en cuestión se basaba en dos ritos masónicos extintos: el de los Elegidos Cohen, de Martínez Paschalis (o Pasqually), y el rectificado de Saint Martin, de Louis Claude de Saint-Martin, "el filósofo desconocido". La Orden Martinista sería la ocupación principal de Papus en los años siguientes, y ha perdurado como una parte central de su legado.

La ocupación principal, que no la única. En 1893 Papus fue consagrado obispo de la iglesia gnóstica de Francia, fundada por Jules Doinel en 1890 con la intención de resucitar la religión de los cátaros. Por si fuera poco, en 1895 Papus se unió al Ahathoor Temple de la Golden Dawn (Aurora Dorada) de París.

El interés de Papus por la masonería fue extraordinario. Le desagradaba el carácter ateo de algunos masones del Gran Oriente francés, pero a la vez organizó, para el 24 de junio de 1908, una conferencia masónica internacional. Fue precisamente en el curso de esta conferencia donde Papus recibió del masón Theodor Reuss la patente para establecer un Supremo Gran Consejo General de los ritos unificados de la masonería antigua y primitiva, y, muy posiblemente, el control de la OTO –a la que nos referiremos más adelante– en Francia.

Papel mucho mayor representó la masonería en la fundación del grupo ocultista más importante del siglo XIX. Nos estamos refiriendo a la Sociedad Teosófica. Fundada en 1875 por Helena Blavatsky [3], su primer presidente fue el coronel Henry Steel Olcott, un masón. El 24 de noviembre de 1877 la propia Blavatsky fue iniciada en la masonería. Sin embargo, más importante que ese episodio es la manera en que para sus puntos de vista se basó en la *Royal Masonic Cyclopaedia*, publicada ese mismo año y debida a Kenneth Mackenzie.

Madame Blavatsky desarrollaría su especial visión del ocultismo en *La doctrina secreta* e *Isis sin velo*, dos obras a las que se ha acusado no sin razón de contener abundante material plagiado. Sin embargo, lo más interesante no es su carácter no original –algo que compartiría, por ejemplo, con las visiones de la adventista Ellen White–, sino la existencia de no pocos paralelos con la visión gnóstico-masónica de Pike. En madame Blavatsky también existe una insistencia en el enorme valor de las religiones paganas –especialmente, de sus manifestaciones místicas–, en la minimización del cristianismo como Verdad, en creencias como la posibilidad de autodeificación del ser humano o la reencarnación, e incluso en un luciferinismo muy similar al de Albert Pike.

Dentro de una línea típica históricamente en la Gnosis, madame Blavatsky contraponía el positivo Lucifer al Jehová bíblico, que era, ni más ni menos, Caín, el protoasesino [4].

Madame Blavatsky fue un personaje enormemente comprometido al que se acusó, con razón, de perpetrar fraudes en sesiones de espiritismo y de aprovecharse de sus adeptos. En ese contexto, la asociación de la ocultista con la masonería resultaba un tanto delicada, y hubo quien se atrevió incluso a cuestionarla. Sería la propia Blavatsky la que defendería la realidad de su iniciación en una carta publicada por el *Franklin Register* del 8 de febrero de 1878.

También resulta significativo el hecho de que las dos continuadoras de la obra de madame Blavatsky, las ocultistas Annie Besant y Alice Bailey, tuvieran una vinculación muy estrecha con la masonería. Annie Besant, feminista, partidaria de la independencia de Irlanda y de la India y fundadora de distintas instituciones destinadas a la expansión del ocultismo, es un personaje esencial para comprender la entrada del orientalismo en Occidente décadas antes de la Segunda Guerra Mundial.

Presidenta de la Sociedad Teosófica desde 1907 hasta su muerte, en 1933, había sido ya iniciada en la masonería el 26 de septiembre de 1902. En 1911 se convirtió en vicepresidenta y Gran Maestra del Consejo Supremo de la orden internacional de la Comasonería, una obediencia que permite la iniciación de mujeres y que había sido fundada en Francia en 1893. La comasonería se extendería precisamente a Gran Bretaña en 1902, gracias al empeño de la Sociedad Teosófica y, muy especialmente, de Annie Besant.

Por lo que se refiere a Alice Bailey, debe indicarse que su marido, Foster, era masón –llegó a colaborar en el *Master Mason Magazine*– y autor del libro *El espíritu de la masonería*. El libro de Foster Bailey sigue la línea de Pike y de otros autores masones anteriores y posteriores en el sentido de vincular las enseñanzas de la masonería con la Cábala, la Gnosis, los misterios de Isis o el culto de Krishna. Al igual que madame Blavatsky o Annie Besant, Alice Bailey compartía un claro luciferinismo y debe ser considerada como un claro precedente del movimiento actual de la Nueva Era.

La vinculación entre la Sociedad Teosófica y la masonería no ha disminuido con el paso de los años. Todavía en la actualidad son masones los principales difusores de esta secta, y no deja de ser significativo que Mario Roso de Luna [5] (1872-1931), el teósofo español más conocido, autor de una biografía de madame Blavatsky, fuera iniciado en la masonería en Sevilla, en enero de 1917. Pero la Sociedad Teosófica no fue una excepción.

[1] Caubet, *Souvenirs*, París, 1893, página 4.

[2] El pseudónimo *Papus* arranca del *Nuctemeron* de Apolonio de Tiana, donde denomina al genio asociado con los médicos.

[3] Sobre madame Blavatsky (con bibliografía), véase: C. Vidal, *Los incubadores de la serpiente*, Madrid, 1997.

[4] *La Doctrina secreta*, sección IV.

[5] Esteban Cortijo es desde hace años el gran estudioso de la muy sugestiva biografía de Roso de Luna. Sobre el tema, véase: Esteban Cortijo, *Mario Roso de Luna. Estudios*

y opiniones, 1989; Ídem, Mario Roso de Luna. *Imágenes de una vida. Cartas al hijo*, Mérida, 1990.



La [Sociedad Teosófica](#) no fue el único grupo ocultista nacido en el siglo XIX en conexión con personajes pertenecientes a la masonería. De hecho, un caso aún más acentuado es el de la Orden Hermética de la Aurora Dorada, o Golden Dawn, una denominación propia de la masonería y que incluso dio nombre a una de las primeras publicaciones de los testigos de Jehová. La Golden Dawn fue fundada en 1888 por los masones Samuel Liddell MacGregor Mathers y William Wynn Westcott, junto a William Robert Woodman. Westcott fue iniciado en la masonería el 24 de octubre de 1871, y ascendido a maestro seis años después. MacGregor Mathers, por su parte, fue iniciado el 4 de octubre de 1877.

La Golden Dawn tenía una cosmovisión totalmente ocultista que –no puede negarse– derivaba de la propia masonería. Como [Pike](#), hacía referencia a la Cábala, a las religiones místicas del paganismo y al Antiguo Egipto. También, como Pike, sostenía la posibilidad de alcanzar un status divino. A todo esto añadía referencias al sistema mágico de Éliphas Lévi y un enorme interés por los grimorios medievales. Por la Golden Dawn pasaron personajes ilustres enormemente interesados en el ocultismo, como W. B. Yeats, Arthur Machen, A. E. Waite y Aleister Crowley, al que nos referiremos más adelante.

No menos importante que la Golden Dawn en la historia del ocultismo contemporáneo fue la Ordo Templi Orientis (OTO). Su fundación se debió también a un masón, en este caso de nacionalidad austriaca y de nombre Carl Kellner. En 1895 Kellner abordó el tema de la fundación de una Academia Masónica con su amigo Albert Karl Theodor Reuss, que había sido iniciado en la masonería el 9 de noviembre de 1876. Finalmente, ambos llegaron a la conclusión de que el nuevo colectivo debía ser denominado Orden Templaria Oriental, y que el círculo interior debía estar organizado en paralelo a los ritos masónicos de Menfis y Mizraim. Para entrar en ese círculo sería obligatorio el haber sido iniciado en la masonería, y las mujeres quedarían excluidas.

En 1902 la orden no sólo estaba funcionando, sino que incluso editaba una publicación masónica titulada *La oriflama*. En 1905 falleció Kellner, y Reuss asumió el control absoluto de la OTO. Cinco años después Reuss se encontró con Aleister Crowley y lo inició en la orden. Crowley es un personaje incómodo para muchos masones, dado que era un satanista confeso e incluso estuvo envuelto en la perpetración de sacrificios humanos. Sin embargo, lo cierto es que había sido iniciado en la masonería, y que sus credenciales debían de ser lo suficientemente sólidas como para que Reuss, en 1912, lo nombrara además Gran Maestro Nacional General X de OTO para Gran Bretaña e Irlanda.

Crowley comenzó a practicar los ritos de los grados inferiores con el nombre de *Mysteria Mystica Máxima*, o MMM, lo que no tardó en ocasionar protestas. Crowley no deseaba problemas legales y alegó que la OTO era una academia masónica pero no una orden masónica y, por lo tanto, no infringía "los justos privilegios de la Gran Logia Unida de Inglaterra". En 1913 Crowley introdujo la misa gnóstica en OTO, que debía corresponderse con la misa católica. No pocos interpretaron aquel acto como una misa negra, en la medida en que estaba destinada a maldecir a Dios más que a alabarlo.

La tensión iba a agudizarse en 1916, cuando Reuss, masón a fin de cuentas, revisó la constitución de OTO para enfatizar su carácter masónico. Al año siguiente la policía irrumpió en la logia de Crowley en Londres y la cerró, bajo el cargo de "predecir la fortuna", un delito que, muy sensatamente, figuraba en las leyes británicas.

Cuando concluyó la primera guerra mundial, Reuss siguió insistiendo en la autoridad masónica de OTO. En 1920 asistió al congreso de la Federación Mundial de la Masonería Universal, donde se planteó la posibilidad de que la misa gnóstica de Crowley se convirtiera en "la religión oficial de todos los miembros de la Federación Mundial de la Masonería Universal en posesión del grado 18". La propuesta fue rechazada, y al parecer Crowley intentó, en 1921, distanciar el grupo del control masónico; así se lo planteó a Reuss. Sea como fuere, lo cierto es que en 1922 Reuss se retiró y dejó el control de OTO en manos de Crowley como su sucesor oficial.

Crowley fue sucedido en 1942 por el alemán Karl Germer. La historia de Germer no deja de ser interesante, porque, al llegar los nacional-socialistas al poder en Alemania, fue detenido por hacer proselitismo masónico entre los estudiantes. Por suerte para Germer, sólo pasó recluido unos meses –meses en los que afirmó haberse encontrado con un ángel que le ayudó–, al cabo de los cuales fue puesto en libertad y pudo exiliarse a Estados Unidos. Sin embargo, el carácter político de OTO no debía de resultar muy claro, porque durante los años 1944 y 1945 sus logias fueron aniquiladas, pero por la Resistencia francesa. Dos años después Crowley fallecía.

La muerte de Crowley puso fin a una de las vidas dedicadas más intensamente a la causa del ocultismo; vida, dicho sea de paso, que no dejó de entrecruzarse con la masonería y los masones.

Icono de los Beatles en la portada del LP *Sargeant Pepper*, nacido el 12 de octubre de 1875 en Leamington Spa, Inglaterra, Edward Alexander (Aleister Crowley) era hijo de unos padres pertenecientes a los Hermanos de Plymouth, una denominación evangélica.

Crowley fue creciendo con un odio profundo al cristianismo, hasta el punto de que gustaba identificarse con el 666, el número de la Bestia del Apocalipsis. Estudió en Cambridge, y en 1898 fue iniciado en la Golden Dawn.

Crowley no tardó en desilusionarse con la Golden Dawn, y en 1900, estando en México, fue iniciado en la masonería, según él mismo relata en sus *Confesiones*.

En 1903 se casó con Rose Kelly y marchó a Egipto, para pasar la luna de miel. A inicios de 1904, encontrándose en El Cairo, Rose comenzó a entrar en trance y a decir a su marido que el dios Horus deseaba hablarle. Dado que Rose no había tenido previamente este tipo de experiencias, Crowley la llevó al museo Boulak y le pidió que le señalara al dios en cuestión. La mujer se detuvo ante una estela funeraria donde aparecía Horus y que estaba numerada con el 666.

Del 8 al 9 de abril de 1904 Crowley recibió una revelación, a la que daría el nombre de "Liber AL vel Legis", o Libro de la Ley, inicio de la era de Horus, que sería gobernada por la ley de Thelema (la palabra griega para *voluntad*). Esa ley podía resumirse en la fórmula: "Haz lo que quieras". Antes de que concluyera el año Crowley fue iniciado en la logia anglosajona n. 343, que desde 1964 se encuentra bajo la jurisdicción de la Gran Logia Nacional Francesa de París como n. 103. Se iba a producir entonces un acontecimiento, según Crowley, que tendría enorme importancia.

Dos años después Crowley se hallaba en Gran Bretaña, con la intención de crear una orden mágica que debía seguir los pasos de la Golden Dawn y que recibió el nombre de AA, por Astron Argon o Astrum Argentium. En 1910, como ya vimos, Crowley se integraba en OTO, la orden creada por masones, y, por tercera vez, entró en contacto con la masonería, esta vez en la persona de John Yarker, que le confirió los grados 33, 90 y 95 del antiguo y aceptable rito de Menfis y Mizraim [1].

En 1920 Crowley fundó la Abadía Thelema en Cefalú. Sin duda, es éste uno de los episodios más turbios de su vida, ya que los niños desaparecían de los alrededores y se pensó que perecían en misas negras celebradas por Crowley. Nunca pudo demostrarse, pero el episodio concluyó con su deportación de Italia. Durante los años siguientes Crowley se definiría claramente no como luciferino sino como satanista, circunstancia

que, de manera un tanto llamativa, no implicó la ruptura de relaciones con OTO y sus dirigentes.

No sólo eso. Además, trabaía amistad con un personaje llamado a tener una importancia no pequeña en la historia de las sectas. Nos referimos a Ronald L. Hubbard, el fundador de la Iglesia de la Cienciología.

Hubbard estaba muy vinculado en 1945 con John W. Parsons, que presidía el capítulo de OTO en Los Ángeles [2]. Hubbard fue, de hecho, un miembro de la secta de Crowley, donde, por añadidura, conoció a su segunda esposa. La Iglesia de la Cienciología, comprensiblemente, ha intentado negar este hecho, insistiendo en que Hubbard sólo se estaba infiltrando en el grupo de Crowley. La verdad es que, en una serie de conferencias del curso de doctorado de Filadelfia, grabadas ya en 1952, Hubbard se explayó hablando del ocultismo en la Edad Media y recomendó un libro: *The Master Therion*, de Crowley. Según Hubbard, "es una fascinante obra en sí misma, y esa obra fue escrita por Aleister Crowley, el difunto Aleister Crowley, mi muy buen amigo" [3].

Realmente, hay episodios en la Historia –como el de la influencia de los masones en el desarrollo del ocultismo contemporáneo– cuyas raíces últimas y cuyas consecuencias postreras cuesta imaginar. Pero que, en cualquier caso, no es lícito ni eludir ni ocultar.

[1] Un buen estudio sobre los repetidos contactos de Crowley con la masonería, en M. P. Starr, *Aleister Crowley: Freemason!*, Ars Quatuor Coronatorum, vol. 108, 1995.

[2] R. Miller, *Bare-faced Messiah*, pp. 112-130.

[3] L. Ron Hubbard, *Conditions of Space-Time-Energy*, cassette 18 5212C05.